

VERDAD Y LIBERTAD EN LA UNIVERSIDAD

Juan Fernando Sellés *

Resumen: el norte o tema de la libertad es la verdad. La universidad actual tiene el peligro de incurrir en el relativismo y el escepticismo, entre otros. Son diversos efectos del intento de desvincular la libertad de la verdad. Pero como la verdad se opone al error, a la ignorancia, a la mentira, etc., esos y otros “ismos” no parecen compaginarse bien con la verdad. Además, como la verdad admite muchos niveles, también esas tendencias actuales son jerárquicamente disconformes con el nivel de verdad que se puede alcanzar.

Palabras clave: libertad, verdad, universidad.

Abstract: The topic of freedom is truth. University at present is in danger of falling into relativism and skepticism, among others. Those are diverse effects when daring to pull apart freedom and truth. But as truth is opposed to error, ignorance, lie, etc., those and some other “isms” don't seem to get along with truth. Moreover as truth concedes various levels, those current trends are also in a hierarchical disagreement with the possible reachable truth level.

Key words: Freedom, truth, university.

Sommaire: Le nord ou le thème de la liberté c'est la vérité. L'université actuelle a le danger d'encourir dans le relativisme et dans l'escepticisme. Divers sont les effets de l'essai de délier la liberté de la vérité. Mais comme la vérité s'oppose à la faute, à l'ignorance, au mensonge, etc., ceux-ci et autres suffixes en “isme” ne paraissent pas bien s'assembler avec la vérité. En plus, comme la vérité admet beaucoup de niveaux, de même ces tendances actuelles sont hiérarchiquement non-conformes avec le niveau de vérité que l'on peut atteindre.

Mots clés: Liberté, vérité, université.

* Universidad de Navarra. Campus Universitario, 31080. Pamplona, Navarra, España. jfselles@unav.es

Recibido: 25 - 3 - 06
Aceptado: 8 - 10 - 06

Introducción

¿Qué universitario no ha escuchado una ponencia, comunicación, conferencia, etc., sobre la libertad? Sin embargo, ¿en cuál de esos discursos se ha propuesto como norte de la libertad a la verdad? Pues bien, lo que se intenta fundamentar a continuación es que una presunta libertad en el trabajo universitario sin tener como guía la verdad carece de sentido, pues es la verdad personal la que dota de sentido a la libertad personal. La libertad es la actividad del espíritu humano, pero la verdad es su tema.

Como es sabido, el trabajo universitario tiene por fin la búsqueda y transmisión sincera de la verdad que alcanza el saber superior. Sin embargo, en la actualidad, para muchos universitarios (profesores y alumnos) parece petulancia o prepotencia afirmar que se puede alcanzar la verdad dentro de los diversos saberes, pues –según algunos– las verdades indubitables pertenecerían sólo al ámbito de la fe (fideísmo); pero como somos libres de aceptar o no las verdades de la fe, parece que la verdad viene a ser de libre aceptación, reservada sólo para los creyentes. Para otros –aquellos que prescinden de la fe–, no serían admisibles las verdades reveladas. Y para unos y otros las realidades naturales no estarían sometidas al reino de la verdad, sino al de la opinión (relativismo). Ahora bien, como al parecer las diversas ciencias no tratan directamente de Dios o de las verdades de fe, se postula que la universidad debería ser neutral, no sólo respecto a Dios, sino también con referencia a toda verdad (aconfesionalismo).

En efecto, una mal entendida tolerancia va echando progresivamente de su sede universitaria a la verdad. Tal vez se haya olvidado demasiado rápido la seria advertencia de Juan

Pablo II según la cual “la legítima pluralidad de posiciones ha dado paso a un pluralismo indiferenciado, basado en el convencimiento de que todas las posiciones son igualmente válidas. Éste es uno de los síntomas más difundidos de la desconfianza en la verdad que es posible encontrar en el contexto actual”¹. Efectivamente, se lee y se cita a cualquier autor, pero se va desterrando la verdad; unos, por sistema, otros, porque decir la verdad resulta en exceso comprometedora². Pero si se consolida la actitud de rechazo o miedo a la verdad –que, por cierto, caracteriza a los malos maestros–, se puede augurar el futuro: “poco a poco vino la verdad a no querer ser oída, y de no quererla oír llegaron a no quererla decir”³, y así, “ya la verdad es muda por lo que le costó el no serlo: ese que la trata, paga”⁴.

Estudio y verdad

Suele repetirse que el que lee disfruta, mientras que el que estudia aprende. El estudio requiere centrar más atención que la lectura. El primero favorece el pensar, exige empeño, reclama centrar la atención, y ello pide serenidad y ponderación. Por eso, según los medievales, la curiosidad (curiositas) era considerada como el vicio del estudio (*studiositas*)⁵. Estudiar es la actividad consistente en la búsqueda atenta, metódica y amorosa de la verdad. De ahí que se pueda decir: tanto se estudia, como amor a la verdad se tiene.

1 Juan Pablo II, *Fides et ratio*, núm. 5.

2 En efecto, algunos pierden por ello el trabajo, otros son llamados “dogmáticos”, otros sufren en silencio, algunos enferman, etc. En fin, nada nuevo que no hubiese sido advertido antaño por sentido común del pueblo: “Andaos a decir verdades y moriréis en los hospitales”, G. Correas, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), Madrid, Castalia, 2000, 84; “Si no decís la verdad, es vileza; si la decís, quebraros han la cabeza”, *ibíd.*, p. 739.

3 Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, I, Madrid, Cátedra, 1979, p. 420.

4 *Ibíd.*, p. 424.

5 Cfr. Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, II-II ps., q. 166, a. 2.

Estudiar es amar –no pocas veces sacrificadamente– la verdad. Con todo, amar la verdad no es todavía poseerla. Pero el fin del estudio es encontrarla. Si buscarla indica cierto amor a la verdad, que marca la vida del científico, encontrarla conlleva el enamoramiento⁶.

Como caben varios niveles de verdad, habrá que admitir diversos niveles de estudio. A las verdades superiores corresponden los estudios superiores, los universitarios. Por ello, una universidad lo es, si es prioritariamente la sede de tales estudios que buscan la verdad. Como el amor es la generosidad pura, el enamorado de la verdad, derrama su saber por doquier. El individualismo egoísta, ávido de intereses, currículum, retribuciones, etc., o por el contrario, el afán de servicio, que encarnen los universitarios, los egresados y los profesores de una universidad delata cuál ha sido su compromiso personal con la verdad. De modo que pierde su identidad una universidad que no facilite el estudio amable de la misma. En efecto, si es obvia la respuesta a la pregunta ¿para qué sirve un estudiante que no estudia?, más clara será la respuesta si la pregunta se dirige a un profesor, o también a una universidad que no facilite el estudio. Por tanto, si se tiende a emplear más tiempo en otras actividades (útiles, e incluso necesarias) que no sean el estudio, difícilmente será universitario el trabajo en la universidad.

Con todo, el estudio es medio, pues el fin del estudio es la verdad, y el de ésta, el amor personal. Por eso, el fin del estudio también es el amor. Tan importante es buscar la verdad que “se puede definir pues, al hombre como aquel que busca la verdad”⁷. Tradicionalmente ésta se ha considerado tarea de filósofos⁸, pero como es labor de todo hombre, en este sentido se puede considerar que todo hombre es filósofo. Tampoco está de más reiterar hoy que “el estudio de la filosofía no es para saber qué es lo que los hombres pensaron, sino para saber cuál es la verdad de las cosas”⁹. No obstante, se

teme a la verdad, y no sólo a las íntimas y trascendentes, sino a muchas otras, pero ese temor denota falta de amistad a ella.

Verdad frente a ignorancia, error y mentira

El peor enemigo de la verdad es siempre la ignorancia. Ésta esclaviza el pensamiento de los hombres, porque lo agosta por inanición, o inhibe su crecimiento. Este adversario se combate con formación. Por su parte, el error oscurece la inteligencia, aunque no impida su ejercicio; y también perjudica a la voluntad, pues mina la amistad. Por otro lado, la mentira es una verdad a medias, que perjudica más a la amistad que al conocimiento.

Como es sabido, la ignorancia puede ser culpable o inculpable. Claramente la primera reviste mayor gravedad. Además, por si fuera poco, la ignorancia culpable hoy día tilda de “dogmático” a quien defiende la verdad evidente, siendo que con dicho juicio lo único que manifiesta quien lo profiere es su propia ceguera. No es soberbia, vanagloria, fundamentalismo etc., declarar la verdad, sino todo lo contrario, pues tener el valor de presentar las cosas como son denota humildad, ya que implica ponerse a su servicio.

Por su parte, el error se presenta de doble modo: o descaradamente o con ropajes de verdad. El primero se vence con facilidad. El segundo, en cambio, sólo con el estudio. Además, el error conlleva un inconveniente: que alimenta la soberbia y da facilidades a la sensualidad.

Por último, la mentira tiene demasiadas caras: alusiones indirectas, conciliábulos, murmuración, etc., pero siempre denota cobardía. Al esconder parte de la verdad ante quien se debe manifestar, se cede a la insinceridad que admite, a su vez, muchas modulaciones, también universitarias: el formalismo, la ambigüedad, la doblez, la simulación, el fingimiento, el encubrimiento, la apariencia, la afectación, el engaño, la seducción, la trampa, la invención,

6 Cfr. L. Polo, *Quién es el hombre*, Madrid, Rialp, 1993, p. 249 y ss.

7 Juan Pablo II, *Fides et ratio*, núm. 28.

8 “Los filósofos son los que destacan en la consideración de la verdad”, Tomás de Aquino, *Sobre Job*, cap. 12.

9 Tomás de Aquino, *Sobre el cielo y el mundo*, I. I, lec. 22, núm. 8.

el embeleco, la estafa, el fraude, la astucia, y, sobre todo, la hipocresía, endémica en muchos casos.

La verdad, verosimilitud y ámbito del interés

Como es sabido, los pensadores medievales distinguían entre verdad y verosimilitud. La primera la alcanzaba la llamada razón teórica cuando topaba con algo evidente, necesario. La segunda era tenida como el objeto propio de la denominada razón práctica, y se daba cuando se conocía lo contingente, lo probable, etc. Se consideraba, además, que el uso teórico de la razón no sólo era jerárquicamente superior al práctico, sino también condición de posibilidad y fin de éste¹⁰.

Respecto de la verdad teórica se puede decir muy bien aquello que Shakespeare ponía en boca de uno de sus personajes: "No hay cifra que pueda hacer que la verdad sea más o menos verdad"¹¹. Respecto de este tipo de verdades lo que cabe no es optar por ellas o intentar conformarlas según el propio gusto, sino la profundización. Frente a esta tesis, y como también es muy conocido, algunas escuelas filosóficas actuales se ciñen en exclusiva a la verdad práctica (pragmatismo, hermenéutica, etc.). Frente a éstas, el punto de vista de la filosofía griega y medieval se oponía en dos tesis: a) la existencia de verdades evidentes, es decir, que no admiten contrario, a la par que la existencia de asuntos más o menos probables, verosímiles, propios del reino de la opinión; y b) que la contemplación es fin de la práctica y corrige a ésta.

En cuanto al primer punto, cabe exhortar que ante verdades de tipo evidente no se debe transigir, pues la transigencia es manifestación de no tener la verdad. Juan Pablo II aludía a esta índole de la verdad teórica recordando

10 Cfr. Juan Fernando Sellés, *Razón teórica y razón práctica según Tomás de Aquino*, Cuadernos de Anuario Filosófico, Serie Universitaria, núm. 101, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2000.

11 W. Shakespeare, *Isabela, Medida por medida*, en *Obras completas*, 16 ed., vol. II, Madrid, Aguilar, 1974, p. 478.

que "hay verdades absolutamente ciertas, por ejemplo, que existimos y que nos morimos"¹². Por ello "lo que es verdad debe ser verdad para todos y siempre"¹³. La verdad evidente no está sometida ni al tiempo ni al espacio. En suma, que algo no sea dogmático no significa que no sea verdad evidente, pues, la verdad no es un asunto exclusivamente teológico. Por otra parte, es del ámbito de lo discutible todo lo temporal. En esos campos nadie puede arrogarse estar en posesión ni siquiera de una verdad absoluta.

En cuanto al segundo punto, esto es, a la superioridad y dirección que debe ejercer la contemplación sobre la acción, cabe indicar que en ese sentido la contemplación debe "verdadar" la acción laboral humana desde dentro, pues de lo contrario, la verdad le sería extrínseca, y esa labor carecería de sentido humano. La clave de la actividad práctica académica no reside, pues, en su operatividad o en su eficacia, sino en que la acción humana esté atravesada de sentido, de verdad personal.

Por lo demás, si bien la verdad no se reduce a la verosimilitud, menos aún se subordina al interés. En efecto, la verdad no tiene sustituto útil¹⁴, pues la verdad es fin en sí. En cambio, lo útil es del ámbito de los medios. Si lo útil se convierte en fin, se autoanula, porque el interés lo es en vista de otra cosa, ya que el interés por el interés carece de interés. Por el contrario, la verdad es, por así decir, lo interesante en sí.

Los actuales -ismos que intentan eclipsar la verdad

Contra la verdad caben muchas rebeldías. Nuestro mundo parece atacado de confusionismo, que es la mezcla del error con la verdad, una aleación en la que ésta siempre tiene las de perder¹⁵. Pero el confusionismo no es, por desgra-

12 Juan Pablo II, *Fides et ratio*, núm. 26.

13 *Ibid.*, núm. 27.

14 Cfr. Polo, *ob. cit.*, p. 251.

15 Dentro de este confusionismo, como se recuerda en algún documento eclesial, "el divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos cristianos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestro tiempo", Concilio Vaticano II, Const. *Gaudium et Spes*, núm. 43.

cia, el único agente nocivo contra la verdad. Se pueden enumerar, entre otros, el escepticismo, el indiferentismo, el fanatismo, el partidismo o favoritismo, el sectarismo, el nacionalismo, el integrismo, el totalitarismo, el autoritarismo, el terrorismo psicológico, los idealismos, el ecumenismo mal entendido –es decir, una especie de pluralismo que acepta la democracia intelectual–, el materialismo –de derechas o izquierdas–, el activismo, el laicismo, la intolerancia y el fatalismo, el subjetivismo, el tan manido cinismo, la falsa neutralidad, la ambigüedad o el conformismo, el abstencionismo, el sensacionismo que aboca al hedonismo, el sentimentalismo incluso con ropajes pietistas, el infantilismo, el espiritualismo dualista, etc.

Por el contrario, de los mal llamados –ismos que parecen respetar la verdad, sólo parecemos contar con el realismo, un ecumenismo auténtico, un sano pluralismo, aunque este último no tiene a la verdad como objeto, pues no se refiere a lo obvio, sino a lo opinable; y, obviamente para quien lo acepte, el cristianismo.

También Juan Pablo II, en su encíclica *Fides et ratio*, nos ponía en guardia recientemente contra algunos –ismos antiguos y modernos de todo tipo que falsean la verdad: esoterismo, averroísmo, agnosticismo, relativismo, escepticismo, pluralismo indiferenciado, inmanentismo, racionalismo, cientificismo, positivismo y neopositivismo, humanismo ateo, nihilismo, fideísmo, tradicionalismo radical, ontologismo, modernismo, marxismo, comunismo ateo, evolucionismo, existencialismo, historicismo, biblicismo, consensualismo, culturalismo, eclecticismo, pragmatismo, etc. Que estas doctrinas hacen daño a la verdad cristiana es indudable, entre otros motivos porque “sólo la verdad, y no las diferentes opiniones humanas, pueden servir de ayuda a la teología”¹⁶.

Por último, tal vez convenga prevenir con cautela contra otros –ismos que, además de los precedentes, invaden actualmente la universidad y que, recabando para sí mucho tiempo,

no siempre respetan la verdad, como por ejemplo (valgan los neologismos): el academicismo, cuyas formalidades pueden encubrir actitudes taimadas; el congresismo, por aquello de que ser conocido se prefiere a conocer la verdad; el articulismo, porque sin un amplio currículum uno parece carecer de prestigio, aunque muchos de los libros y artículos publicados no aporten nada nuevo y relevante; el conferencismo, en el que se mide más al modo de decir que a lo dicho; el burocratismo (cada vez son más las tareas de secretaría a las que se sienten urgidos los profesores); la “reunionitis”, a la que se ve como panacea para la resolución de los problemas; el “literaturismo”, pues muchos pensadores resuelven la filosofía en literatura; el “emailismo” y el “internautismo”, que consumen muchas horas académicas; el idiomatismo, por aquello de que decir lo mismo en varios idiomas suena a más intelectual, etc.

Los niveles de verdad

“Es cierto que no toda verdad alcanzada posee el mismo valor”¹⁷, pues de entre las distintas verdades hay algunas centrales para la vida del hombre. La verdad más íntima del corazón del cristiano es la filiación divina. Eso indica que existen otras verdades que no son tan interiores. La filiación divina es la verdad central del cristiano. Para los demás hombres, tal vez la verdad nuclear sea que son las criaturas sensibles más nobles de Dios.

La Iglesia recuerda que “todos los hombres están obligados a buscar la verdad, sobre todo en lo que se refiere a Dios y a su Iglesia, y, una vez conocida, a abrazarla y practicarla”¹⁸. Por eso la religión se puede considerar como el mayor esfuerzo de búsqueda humana de la

17 *Ibid.*, núm. 29.

18 *Dignitatis Humanae*, núm. 1. También se comprende por qué la Iglesia insiste en este punto central reiteradamente: “todos los hombres, conforme a su dignidad, por ser personas..., se ven impulsados, por su misma naturaleza, a buscar la verdad y, además, tienen la obligación moral de hacerlo, sobre todo con respecto a la verdad religiosa. Están obligados también a adherirse a la verdad una vez que la han conocido, y a ordenar toda su vida según sus exigencias”, *ibid.*, núm. 2. Y recientemente se nos ha insistido: “existe... la obligación moral, grave para cada uno, de buscar la verdad y seguirla una vez conocida”, Juan Pablo II, *Veritatis Splendor*, 34, AAS 85, 1993, p. 1161.

16 Juan Pablo II, *Fides et ratio*, núm. 69.

verdad más alta. También con ello se explica –como explicitaba San Josemaría– por qué:

la religión es la mayor rebelión del hombre que no quiere vivir como una bestia, que no se conforma –que no se aquieta– sino trata y conoce al Creador: el estudio de la religión es una necesidad fundamental. Un hombre que carezca de formación religiosa no está completamente formado. Por eso la religión debe estar presente en la universidad; y ha de enseñarse a un nivel superior, científico, de buena teología. Una universidad de la que la religión está ausente, es una universidad incompleta porque ignora una dimensión fundamental de la persona humana, que no excluye –sino que exige– las demás dimensiones¹⁹.

Además de la filiación divina, para un cristiano existen toda una serie de verdades prioritarias: las que se refieren a la fe y la moral de la Iglesia. Por eso, todo cristiano tiene la obligación de formarse en estas verdades, lo que implica desde luego el estudio, pero éste no es suficiente, porque a las cosas de Dios se llega, sobre todo, amando.

Libertad y verdad

La clave de nuestra época –llamada posmoderna–, parece consistir en un esteticismo –sobre todo de cuño literario– en el que se busca la belleza con la narrativa y la poética (también con las demás artes), que se ejercen libremente y se separan de todo bien y verdad. A esta actitud le bastaría el escueto reproche desde su mismo campo literario por parte del mejor novelista de todos los tiempos: “letras sin virtud son perlas en el muladar”²⁰.

Con todo, parece que ese reproche no es suficiente, y se hace necesario defender la verdad poniendo al descubierto el error de este moderno subjetivismo. En efecto, hay que repa-

rar en esta reciente y muy extendida dificultad, pues “el filósofo tiene que considerar todas las dificultades, ya que como le compete tratar de la verdad en toda su amplitud, también le compete afrontar todas las aporías. De lo contrario, se podría comparar con quien anda sin saber a dónde va”²¹, y de ese modo cedería a los que, defendiendo una libertad aislada de la verdad, van sin rumbo por la vida.

Es falso el concepto de libertad que la desvincula de la verdad y del bien objetivos y, por tanto, de la responsabilidad ante los demás. Sin embargo, como es claro, la escisión entre libertad y verdad ha dado lugar en nuestros días a un ambiente de relativismo y de subjetivismo que se ha difundido por doquier, también en el seno de la universidad. Sin embargo, la libertad adquiere su auténtico sentido cuando se ejercita en servicio de la verdad. Desvinculada de ella, la libertad es ciega, sin sentido. Además, preferir el error lleva a ser su esclavo y, por si fuera poco, esa actitud suele ceder al fanatismo.

*Veritatem facientes in caritate*²²

Deberíamos ser lo suficientemente humildes para que nos pudieran decir las verdades muy claras, y poner de nuestra parte todo el esfuerzo para corregir nuestros errores de una vez por todas. Es decir, deberíamos tener claro que “lo que es verdad no es calumnia”²³, y en consecuencia, no ofendernos con la verdad que nos declaran. Deberíamos también poder decir aquello de “yo soy así; al que me dice la verdad, aun cuando su relato oculte la muerte, le escucho como si me adulara”²⁴. Sí; “por dura que sea la verdad hay que mirarla de frente”²⁵. Pero obviamente, hoy como ayer, esta actitud dista

19 Juan Pablo II, *Conversaciones*, núm. 73.

20 M. de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, II Parte, cap. XVI, Barcelona, Pareja, 1981, p. 481. O también este otro reproche asimismo del Siglo de Oro: “Palabras sin verdad y palabra sin cumplimiento, estruendo de órgano”, *Sentencias político-filosófico-teológicas*, ob. cit., II Parte, núm. 492, p. 135.

21 Tomás de Aquino, *Metafísica*, I. XII, lec. 1, núm. 1.

22 Efes., cap. IV, vs. 15.

23 W. Shakespeare, *Romeo y Julieta*, Madrid, Elección Editorial, 1983, p. 130.

24 W. Shakespeare, *Antonio y Cleopatra*, en *Obras completas*, 16 ed., vol. II, Madrid, Aguilar, 1974, 715.

25 A. Casona, *La sirena varada*, Madrid, Espasa Calpe, 1991, p. 86.

mucho de ser realmente vivida aún entre personas universitarias que se tienen por buenas²⁶. Al ver este comportamiento algunos se preguntan con palabras tomadas en préstamo de San Pablo: “¿es que me he hecho enemigo vuestro diciéndoos la verdad”²⁷. Con todo, “la verdad ama la claridad”²⁸, y cuando es por bien del prójimo “la verdad, aunque amargue, se diga y se trague”²⁹.

Es misión del universitario, máxime si es cristiano, defender la verdad. Esa defensa debe llevarse a cabo a pesar de cualquier sufrimiento o pérdida humana. Pero aunque la verdad deba proclamarse oportuna e inoportunamente³⁰, debe decirse con caridad, asunto que, si se hace con finura y sin herir, es todo un arte. Para ello hay que distinguir previamente entre el error y la persona equivocada. Al primero hay que combatirlo con tenacidad; a la segunda, tratarle con cariño.

Se trata de practicar la crítica positiva o constructiva, pues si por una falsa caridad no se dice la verdad, la caridad acaba por agostarse. Conviene, pues, que “nos acostumbremos siempre a buscar, a decir y a oír la verdad, y se establezca así entre los hombres un clima de comprensión y de concordia, de caridad y de luz, por todos los caminos de la tierra”³¹.

Con todo, no siempre debe decirse la verdad, sino sólo si es por bien del prójimo. En efecto, como reza la sabiduría popular, “más verdades se han de saber que decir”³², o “no se han de decir todas las verdades en todos los tiempos y lugares”³³. Por eso la Iglesia recuerda

que “el derecho a la comunicación de la verdad no es incondicional”³⁴. ¿Cuál es la condición? El amor. Efectivamente, el amor a Dios y al prójimo es la clave para discernir cómo y cuándo hay que hablar o callar, pues de la misma manera que la verdad es el sentido y fin de la libertad, el amor es el sentido pleno y fin de la verdad. No obstante, sin libertad y sin verdad no hay posible caridad, por eso es cierto que “la caridad... se complace en la verdad”³⁵.

A modo de consejo

Muchos son los profesores y alumnos universitarios que dicen buscar la verdad. Con todo, abundan los que no la prefieren por encima de su permanencia en el cargo académico, de su prestigio profesional, de su posición económica, de su estatus social, etc. ¿Cómo discriminar en tales situaciones una auténtica vocación universitaria de otra que requiere enmienda o mejoría?

Aristóteles se consideraba muy amigo de Platón, pero más de la verdad. Tomás de Aquino, por su parte, explicaba que:

puesto que debemos tener amistad con ambos, a saber, con la verdad y con el hombre, debemos amar más a la verdad que al hombre, puesto que al hombre lo debemos amar por la verdad (...) La verdad es el amigo superexcelente al que se debe la reverencia del honor. La verdad es, pues, algo divino, pues en Dios se encuentra primera y principalmente³⁶.

Añadiría que hay que preferirla incluso a uno mismo³⁷. San Josemaría Escrivá, por su lado, que veía “todas las incidencias de la vida –las de cada existencia individual y, de alguna manera, las de las grandes encrucijadas de la historia– como otras tantas llamadas que Dios dirige a los hombres para que se enfrenten con la verdad”³⁸, proponía este modelo de conducta: “no temas a la verdad aunque la verdad te

26 “Por eso soy yo muy mala, porque digo las verdades y riño lo malo a la cara”, *ibíd.*, p. 647.

27 Gal., cap. IV, vs. 16.

28 G. Correas, *ob. cit.*, p. 448.

29 *Ibíd.*

30 Cfr. II Tim., IV, 2.

31 San Josemaría Escrivá, Discurso a los Doctores “Honoris causa” de la Universidad de Navarra, 9-V-1974. Y en otro lugar añade: “El mundo vive de la mentira; y hace veinte siglos que vino la Verdad a los hombres. ¡Hay que decir la verdad!, y a eso hemos de ir los hijos de Dios. Cuando los hombres se acostumbren a proclamarla y a oírla, habrá más comprensión en esta tierra nuestra”, Forja, núm. 130.

32 G. Correas, *ob. cit.*, p. 510.

33 *Ibíd.*, p. 587.

34 *Catecismo*, núm. 2488.

35 I Cor., cap. XIII, vs. 6.

36 *In Ethicorum*, I, I, lec. 6, núm. 4.

37 Cfr. S. C. Gentes, I, III, cap. 26, núm. 9.

38 ECP, núm. 132.

acarree la muerte”³⁹. La verdad es muy exigente, pero “la verdad siempre encomienda”⁴⁰.

¿Qué exige? Ante todo, subordinar nuestra libertad personal a ella. ¿Por qué? Porque la verdad o sentido personal de cada quien no sólo es superior a la libertad personal, sino que es su tema, su norte, su guía. Por eso se ofrece, para concluir, una formulación a modo de propuesta: si la verdad llama, hay que dejarse conducir por ella y no inquietarse por el resto. ■

Bibliografía

Alemán, Mateo, *Guzmán de Alfarache*, I, Madrid, Cátedra, 1979.

Aquino, Tomás de, *Metafísica*, l. XII, lec. 1, núm. 1.

_____, *Sobre el cielo y el mundo*, l. I, lec. 22, núm. 8.

_____, *Suma Teológica*, II-II ps., q. 166, a, 2.

Casona, A., *La sirena varada*, Madrid, Espasa Calpe, 1991.

Cervantes, M. de, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Pareja, 1981.

Concilio Vaticano II, Const. *Gaudium et Spes*, núm. 43.

Correas, G., *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* (1627), Madrid, Castalia, 2000.

Juan Fernando Sellés, *Razón teórica y razón práctica según Tomás de Aquino*, Cuadernos de Anuario Filosófico, Serie Universitaria, núm. 101, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2000.

Juan Pablo II, *Fides et ratio*, núm. 26.

_____, *Fides et ratio*, núm. 28.

_____, *Fides et ratio*, núm. 5.

_____, *Veritatis Splendor*, 34, AAS 85, 1993.

Polo, L., *Quién es el hombre*, Madrid, Rialp, 1993.

Shakespeare, W., *Antonio y Cleopatra*, en *Obras completas*, 16 ed., vol. II, Madrid, Aguilar, 1974.

_____, *Isabela, Medida por medida*, en *Obras completas*, 16 ed., vol. II, Madrid, Aguilar, 1974.

_____, *Romeo y Julieta*, Madrid, Elección Editorial, 1983.

39 C., núm. 34.

40 L. Polo, ob. cit., p. 253.